



Hambre perra

LINA MERUANE ⁹²

Antes tenía un perro, ahora tengo hambre.

Ana Harcha / Perro!

Dentro de la Negra está mi criatura. Debajo de esa piel pegada a las costillas, detrás de sus tetas flacas pero puntiagudas, en su hinchada barriga. La Negra se me acerca, cabeza gacha. Tiene hilachas todavía enredadas en las encías. Su larga lengua babea sobre mis pantorrillas. Le acaricio la nuca, no puedo castigarla: al regresar del hospital yo dejé a mi cría sola a merced de la Negra sin pensar un instante en la desesperación de su ayuno.

Levanta la cabeza, la Negra, para repasarme las rodillas; busca en ellas algún resto. Alguna miga, algún pellejo suelto. Mordisquea la basta de mi falda, tira de ella, le arranca otra hebra. Luego trepa al sillón, se monta sobre mis piernas y me revuelve los pechos con su nariz ávida; y gime al oler la leche dentro de mí. Estoy llena, empiezo a derramarme. Su lengua se desespera mientras el líquido espeso, ardiendo como un secreto, empieza a mojar mi vestido.

No soy yo, es mi cuerpo el que amamanta a la Negra. A la perra y a la criatura que lleva dentro como se acarrea al hambre. Permanecemos un momento asombradas. Un momento apenas. La Negra me muestra sus colmillos y se lanza a arrebatarme la leche. Su lengua suave empieza a excitarme. Con ambas manos me voy exprimiendo. Quedo exhausta, vacía, adormecida sobre el piso después de alimentarla.

Resuena, adentro, tal vez dentro de mi infancia, la voz de mi madre. *Qué haces ahí tirada, levántate y sal a traer comida para tus hermanos.* Son sus órdenes de madrugada, sílabas cascadas que se arriman al colchón con

92 Lina Meruane es autora del libro de cuentos *Las Infantas* (1998) y de las novelas *Póstuma* (2000), *Cercada* (2000) y *Fruta Podrida* (2007). Esta última recibió una beca de la Fundación Guggenheim, y luego obtuvo el Premio a la Mejor Novela Inédita del 2006 que otorga el Consejo Nacional de la Cultura y de las Artes en Chile. Actualmente reside en Nueva York. Contacto: linameruane@gmail.com



una barra de pan fresco y manteca fría y una botella de leche casi transparente: ella, que es negra de pies a cabeza, consigue para nosotros comida completamente blanca. La deja sobre el suelo y luego se desploma en el hueco tibio que yo le hago. Resuena el desconcierto de mis tripas. Salgo a la calle masticando mi ración de pan enmantecado. Alcanzo la esquina y me siento sobre su vereda. Estiro la mano: una moneda siempre cae, a veces también una mirada. Monedas y ojos: la cena de mis hermanos. La Negra se sienta ahora en un rincón, expectante. Percibo el brillo de su lomo negro. Su cola se agita sobre la grupa, se levanta como un dedo mutilado sobre sus muslos. Son muslos carnosos como los de mi madre, gruesos como ahora también los míos.

En esa gordura se clavan las miradas de los hombres y ahí se quedan, decía ella, que salía a la calle con las piernas apretadas en los pantalones o dejando la carne a la vista.

Se clavan como cuchillas.

Se iba haciéndonos aullar detrás de la puerta. Se nos perdía, nuestra madre se disolvía en la oscuridad de la noche hasta la mañana siguiente. Qué largas noches sin ella, qué interminable el encierro: tanto más que mis tardes de monedas en la vereda.

Sale a la calle, niña.

Mi madre se cansó de sostener la noche con sus piernas y me llevó con ella. No hubo forma de resistirse a sus empujones. Enrolló mi falda en la cintura y murmuró *esta es la comida*. Yo iba atropellando la oscuridad con mis chancletas. *Apura el paso, ya vamos llegando,* murmuraba esa boca negra que yo casi no distinguía bajo los árboles. Sólo el brillo de sus dientes bajo los faroles. Y ahí nos detuvimos esa noche y todas las siguientes noches sembradas de las luces intermitentes de los autos que se detenían, noches llenas de portazos y de órdenes y de manos, dedos largos. La noche llena de necesidades.

La Negra y mi criatura salieron de esas noches. De sus monedas, de sus palabras feroces. La Negra apareció entre unos arbustos y me siguió una madrugada hasta la casa donde yo empecé a alimentarla. También la criatura fue comiendo de mí, sacándome hasta el calcio de los dientes que uno a uno se fueron cayendo de mi boca. Con ambas llegaba hasta mi habitación, me tiraba sobre el colchón para levantarme otra vez a la noche siguiente. A veces me esperaba, a veces se venía conmigo, detrás de la criatura que ya crecía dentro de mí.



El hambre me saca del estupor. Desde que llegué del hospital no he comido. En el hospital tampoco alcancé a probar el desayuno que me trajeron. Dejé la bandeja sin tocar, tenía que zafarme de las matronas que pedían mi nombre, que exigían más información sobre mi situación familiar. Miraban a mi criatura con hambre maternal. Debí arrancárselas de los brazos: yo me haría cargo de lo mío como había hecho siempre. Y con mi escualida criatura subí los escalones hacia mi pieza, sacar la tranca, empujé la puerta y vislumbré al fondo de la pieza oscura los ojos brillantes de la Negra. ¿Cuánto tiempo había estado ella sin comer? Se acercó lentamente y me rasguñó las piernas con sus garras de cuchilla.

Esta es la carne, pensé, pero su ladrido me distrajo.

Estate quieta, le ordené a la Negra mientras trataba de dormir otra vez a la criatura entre ladridos desesperados.

Tranquila que ahora salgo a la calle a buscarte comida.

La Negra me mostró las encías cuando me acerqué a la puerta para salir. La sentí rascando la puerta por detrás, gemir cuando puse otra vez la tranca. Me fui andando sola hasta la tienda de la esquina. La dueña me preguntó si ya había expulsado a la criatura, si estaba todavía en el hospital, a quién se la había dejado. *¿Durmiendo con la perra?*, me preguntó haciendo una extraña mueca de desamparo y a continuación, en vez de fiarme el pan me lo regaló. También me dio una bolsa de naranjas, un trozo de queso, una caja de leche. No sé si di las gracias, me apuraba regresar a alimentarlas. Un silencio de aire irrespirable, cargado de olores que no reconocía. Al verme entrar la Negra escondió su cabeza entre las piernas. Había hilachas de mi criatura desperdigadas por el suelo, restos de un pañal ensangrentado. En algún lugar estarían los huesos.

De eso hace horas, acaso días.

Qué largas han sido siempre las noches. Tanto más largas ahora entre la Negra y yo y nuestra hambre. Ya no me atrevo a salir a la calle, no me atrevo a dejarlas solas. La Negra me lame los pies y los pechos secos. Tenemos hambre.

Un hambre negra.

Me incorporo lentamente, mi cuerpo se da la vuelta para montarme sobre el suyo. Poseída por el deseo esta noche mi puño aprieta el cuchillo y se hunde en la perra. La Negra gruñe silenciosamente, intenta incorporarse. Entre sus colmillos se asoma su lengua carnosa.



Tranquila, le digo.

Le acaricio las tetillas, la barriga que sube y baja agitada mientras corre la sangre.

Yo también tengo hambre, le digo.

Un hambre de perros.